

Programa de Formación Permanente

2019 Creadores de comunión

9. Religiones. Experiencia de comunión por la paz





RELIGIONES, EXPERIENCIA DE COMUNIÓN POR LA PAZ

1. ¿POR QUÉ HAY DISTINTAS RELIGIONES? TRES PRINCIPIOS

¿No sería mejor que hubiera una, y que así pudiéramos imponerla, y unirnos por ella todos los hombres y mujeres de la tierra? ¿No sería mejor que hubiera una sola cultura y un gobierno universal, imponiendo su verdad sobre todo? Pues bien, en contra de eso, podemos afirmar que es bueno que haya diversas religiones, culturas y naciones, de manera que su diversidad resulte positiva para el mejor entendimiento y libertad entre los hombres y mujeres, en línea de diálogo. No es bueno que haya una única religión, entendida en sentido institucional, porque podría convertirse en dictadura y, sobre todo, porque nos impediría descubrir y valorar la trascendencia de Dios, la riqueza de la vida humana. No es bueno que haya una sola cultura, sino varias, para que dialoguen y se enriquezcan.

El modelo de unidad religiosa que buscamos no se sitúa en la línea de un sistema unificado desde arriba, ni en el predominio de una jerarquía unitaria sobre el conjunto de los hombres, sino en la comunión y armonía de la variedad: como las partes de un organismo vivo, como los colores del espectro de la luz, como las notas de una melodía, como los dones y carismas de una comunidad viva... así son las religiones. De la misma manera se ha desplegado el ser humano: que es único en diversas razas, que establece un mismo diálogo en lenguas distintas, que tiene una

cultura en muchas culturas. De un modo semejante, decimos que es bueno que haya diversas religiones, lo que no va en contra de la verdad de una religión particular, como el cristianismo, sino todo lo contrario.

Nuestra respuesta no logrará convencer a todos, ni siquiera a todos los que vienen de la tradición cristiana; mas pienso que ella no es solo la más coherente, sino la que mejor responde a la verdad interna del cristianismo (y del conjunto de las religiones). No quiero buscar el común denominador de todas ellas, sino al contrario: lo que tienen de más hondo y verdadero. Ciertamente, hay algo común en todas las religiones, como en todas las culturas..., aunque eso se muestra en la diversidad, en lo más propio de cada religión y cultura. En esa línea, estoy convencido de que lo más distintivo y propio de cada religión resulta en el fondo lo más universal. No se trata de que las religiones renuncien a su identidad, sino al contrario: que busquen lo universal a través de su misma identidad más profunda, que no se expresa en forma de rechazo de otras tradiciones, sino de apertura generosa de lo más propio.

Comienzo con la siguiente premisa: ¡Hay muchas religiones porque las realidades importantes son múltiples, como es múltiple la vida, como son variados los idiomas, como son distintos los colores! ¡Porque la vida es, a la vez, un conflicto de diversidades, siendo, al mismo tiempo, un camino de concordia! ¡Porque el mismo Dios, a quien podemos llamar la Realidad, tiene maneras diversas de expresarse!

Desde esta base, esbozaremos algunas notas teóricas sobre la diversidad de las religiones, que podrán servir de punto de partida para la reflexión y el diálogo a aquellos a quienes la Iglesia pide, de una manera especial, que sean ‘creadores de comunión’ en la Iglesia y en el mundo¹. Más que respuestas hechas, ofrecemos unos caminos desde una perspectiva que, siendo cristiana (y por serlo), está abierta a toda la riqueza de las experiencias religiosas de la humanidad².

a) Principio de Realidad. Discurso de Pablo en el Areópago (cf. Hch 17,22-34)

Abro el discurso con una imagen repetida desde tiempos muy antiguos en la cultura religiosa de la India: hay muchas religiones *porque somos como ciegos y el elefante es grande*, porque no vemos por ahora todo todos, ni con claridad, sino que miramos como en un “espejo de adivinar”, borrosamente, como dice san Pablo:

Vemos como en espejo, como si la realidad fuera un enigma...; pero cuando la historia llegue a su plenitud veremos cara a cara; ahora vemos en parte, entonces veremos y conoceremos como somos conocidos por el mismo Dios (1Cor 13, 12).

¹ https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2016/october/documents/papa-francesco_20161020_agostiniani-recolletti.html (Consultado el 13 de abril de 2019).

² Aprovecho para ello ciertas reflexiones publicadas en mi libro X. Pikaza, *Religión y globalización*, Verbum, Madrid 2014, 183ss.

La historia india dice así:

Reunieron una vez a siete invidentes y los encerraron en un inmenso edificio con un enorme elefante, y les dijeron: ‘¡Que toque y sienta cada uno y diga qué ha tocado y qué ha sentido!’.

Uno tocó una pata y dijo: ‘Es una columna rugosa, como un árbol sin fin que sostiene el edificio del mundo’.

Otro palpó cuidadosamente la trompa y estudió sus funciones añadiendo: ‘No, esto es una especie de conducto hueco que absorbe y expulsa el agua de la vida’.

El tercero metió la mano en la boca, llena de comida, y dijo: ‘Es un abismo que todo lo devora’.

El cuarto se introdujo en su garganta y se sintió absorbido por el aire y dijo: ‘Es una inmensa respiración rítmica, que aspira y expira el viento infinito’.

El quinto fue tocando la parte inferior de su vientre y dijo: ‘Es un cielo que todo lo cubre y que así puede cobijarnos o impedirnos ascender a más altura’.

El sexto, en cambio, logró saltar y colocarse encima, cabalgando sobre sus lomos a gran velocidad, recorriendo en círculo la gran sala del cosmos, y dijo: ‘Es un perpetuo movimiento. ¡Qué hermosura!’.

El séptimo escuchó sus grandes alaridos y se dijo: ‘¡Es una voz, quiere transmitirnos un mensaje que nosotros no entendemos!’.

Reunidos los siete no lograban ponerse de acuerdo sobre este elefante religioso, entendiendo a quien vieron como a un dios para ciegos con tacto y oído. Sus observaciones no iban descaminadas. Más aún, si estudiamos el proceso de la filosofía y de las religiones, veremos que ellas se han ido repitiendo sin cesar a lo largo de la historia del pensamiento: Dios es la columna cósmica, el despliegue de la Realidad, la meta incierta, la respiración vital, el cielo alto, el movimiento perpetuo, la voz interpelante...

Todo eso y mucho más ha sido Dios (lo Divino, el Ser originario) en la experiencia de las religiones. Todo eso es bueno y verdadero; sin embargo, resulta siempre parcial, no consigue darnos la imagen del elefante entero, es decir, del viviente divino que así aparece como signo y realidad del Cosmos. Eso significa que vivimos desbordados por la Realidad, simbolizada por un elefante, por el Dios en que “nos movemos, existimos y somos” (discurso de Pablo en el Areópago: Hch 17, 28), un Dios que nos sorprende, desborda y sobrepasa, ofreciéndonos, al mismo tiempo, su cobijo y su impulso: bajo su cielo vivimos, sobre su espalda avanzamos, de su aliento respiramos, con su carne nos alimentamos...

No tenemos distancia para mirar a ese Dios desde fuera, para abrir los ojos y verlo del todo. Por eso, el mismo Pablo, en el discurso del Areópago, nos ha hecho transitar por caminos distintos, habitando en lugares y conjunto de sus partes. La Realidad nos sobrepasa y, por ello, de un modo normal, después de haber descubierto alguno de sus aspectos concretos que nos llama la atención, nos aferramos y decimos: ¡Dios es esto! Así nos comportamos como ingenuos orgullosos, como seres que se piensan capaces de dominar al elefante.

Para conseguir lo que pretendemos, sería preciso que alguien (¿el mismo elefante?) hiciera el milagro de abrirnos los ojos y todos los sentidos, para que lo viéramos del todo y comprendiéramos. Pero no ha existido hasta ahora, al parecer (a pesar de que algunos, a quienes podemos llamar fundamentalistas, digan lo contrario), tal milagro, y los hombres seguimos discutiendo sobre nuestras

religiones, sobre el Elefante, sin advertir a veces que somos parte suya, y sin pensar, además, que el Todo del Elefante puede ser más que la suma de sus partes. Así somos los hombres religiosos, así son las diversas culturas:

– *Por un lado, somos muy pequeños: no podemos medir la realidad de Dios, el Elefante, de manera que solo podemos tocarlo, palparlo, como han dicho siempre los místicos, especialistas en “toques” divinos, y como supuso San Pablo, el apóstol de Jesús, dialogando con los partidarios de otras religiones en Atenas, lugar de encuentro y diálogo universal de la cultura antigua de Occidente, en Hechos 17, cuando dijo que todos estamos buscando a Dios (dseteîn tòn Theón), intentando descubrir su realidad “como palpándola a tientas (’ara gè pselaphéseian autòn...) en la oscuridad (Hch 17, 27). Así se sigue presentando un poeta español, A. Machado, buscador de diálogo y comunión, muerto en el destierro, cuando se presenta diciendo: “Así voy yo, borracho melancólico, / guitarrista lunático, poeta, / y pobre hombre en sueños, / siempre buscando a Dios entre la niebla”³.*

– *Por otro lado, somos muy grandes: no podemos conocer nunca del todo al Elefante, si bien tenemos una forma de vencer el desconcierto y concertarnos, partiendo de esta misma experiencia: podemos confiar unos en otros, escuchando lo que decimos cada uno (unos y otros) e intentando después colocarnos cada uno en el lugar del otro. Esto significa que el mismo Elefante (entendido de algún modo como Realidad exuberante, exceso de vida) nos invita por su enigma a compartir nuestras pequeñas verdades, para caminar de esa manera a la Verdad más honda. Este “Dios elefante” nos invita a dialogar, religiones, culturas y razas, no desde el poder de los que oprimen a los otros, sino desde los más pequeños, desde los crucificados, como sigue diciendo san Pablo, cuando termina su discurso afirmando que solo podremos encontrar la verdad de Dios en los “crucificados” –y de un modo especial en Jesús crucificado, al que ha resucitado–, a quienes está resucitando de entre los muertos (cf. Hch 17, 31).*

Las culturas y las religiones son como caminos de exploración del Elefante al que todos de algún modo admiramos. Como hemos ya indicado, desde una determinada perspectiva, somos nosotros ese gran ser animado; nuestra propia vida, rica y múltiple, arriesgada y sorprendente, es de algún modo ese Elefante divino, que cumple y tiene, además, otras funciones: es Carne sagrada que los hombres han sacrificado y comido, es el Destino que Dios lleva en su gran “carro de vida”, que presenta Ezequiel al comienzo de su profecía (cf. Ez 1-3), es la vida y la muerte... En ese carro vamos. Pues bien, la novedad del profeta está en decir que el carro de la nueva cultura, de la libertad de los hombres, es el *carro de los desterrados*.

Seguimos viviendo y caminamos en un “carro de desterrados”, como sabe la oración de la Salve (somos “desterrados hijos de Eva”), en un “carro de locos”, como pintó el gran artista flamenco (carro de locos, carro de heno...). La vida de

³ <https://www.poesi.as/amach077.htm> (Consultado el 13 de abril de 2019).

los hombres concretos e incluso de los pueblos resulta corta para hacer la ronda entera del gran Elefante; nosotros, los hombres y los pueblos, que somos de alguna forma ciegos religiosos, podemos y debemos dialogar contándonos unos a los otros lo que hemos descubierto, tocado y entre-visto cada uno, iniciando un diálogo intercultural, inter-religioso, inter-humano. De esa forma, descubren (descubrimos) lo que somos, en un camino por el que pueden transitar y transitan todos los hombres y mujeres de la tierra. En ese sentido, las religiones son (deben ser) universales desde una perspectiva dialógica.

b) Principio de revelación. «Una luz, muchos colores...»

Como sabe la Biblia, en el principio Dios creó la luz para que podamos ver, conocer, compartir (cf. Gen 1, 3). Y, al final, desde la luz, creó a los hombres, para que vivan, se multipliquen y dialoguen sobre el mundo (cf. Gen 1, 26-28). La luz de fondo es Dios, y así rezamos “para que, en tu luz, oh Dios, podamos ver la luz de todas las cosas” (cf. Sal 36, 9).

La luz parece única y blanca (incolora), como Dios, al que nadie ha visto jamás (cf. Jn 1, 18). Sin embargo, está llena de colores y se difracta en un arco iris donde cada tono es bello, no solo en sí mismo, sino sobre todo en la medida en que se sitúa al lado de los otros. El azul solo es azul y hermoso si tiene a su lado al violeta, y el rojo al anaranjado... La belleza de la Realidad y de las religiones solo puede desplegarse en forma de armonía, en un arco iris de promesa de paz, un arco iris, que es un “pacto de colores” y de pueblos, de sabidurías y de búsquedas religiosas, como dice el Dios de la Biblia al final del diluvio (cf. Gen 9, 8-19).

La luz de Dios que es uno (más allá de todos los colores) se expresa y revela en la gama de colores del “arco iris”; todos sobre el cielo, todos signo de Dios. Si un color (si una realidad) quisiera ocupar todo el espacio del espectro, negaría no solo su belleza, sino que destruiría los demás colores, y se destruiría a sí mismo. Sería horrible que todos fueran *pardos* y mataran a los de otro color para ser solo ellos, como pasó en ciertas zonas de Europa. Sería horrible que todos quisieran ser *rojos*, e hicieran lo mismo, o todos verdes o amarillos... La verdad de la cultura y de la vida está en el Dios que vincula desde su altura divina todos los colores, haciendo que todos puedan pactar. Por eso, “cuando un color de la revelación de Dios se muere” (una lengua amerindia, una cultura africana), es Dios mismo el que muere en la historia humana.

Una visión de este tipo se encuentra latente en muchas religiones, cuando dicen como el cristianismo que “Dios es Luz” (cf. 1Jn 1, 4-5). Ahora bien, esa imagen ha de entenderse desde el símbolo de la difracción luminosa colores. Ya no aparecemos como ciegos ante un gran Elefante, sino como videntes limitados, que solo observan una gama pequeña del espectro luminoso. Hay muchos colores y todos se relacionan entre sí, sin que ninguno pueda imponerse a los demás (aunque

algunos puedan ser dominantes); hay ondas y ondas, realidades y realidades más allá de los colores visibles... Y está en el fondo la Luz, que es invisible, que parece que no es nada y que lo contiene todo.

La Luz es incolora, de manera que nadie puede verla de un modo inmediato (nadie puede ver a Dios y no morir, en esta forma de existencia). Y, sin embargo, ella contiene y fundamenta todos los colores que podemos (y las ondas de energía y comunicación que no podemos ver). Por eso, cuando pasa a través de un prisma o de un medio adecuado, como las gotas de agua de una tormenta, ella extiende su abanico de colores, desde el rojo hasta el violeta (pasando por el anaranjado, amarillo, verde, azul, añil...). Son siete colores los que vemos, con sus combinaciones y matices; siete que pueden dividirse en miles de tonalidades esparcidas en la naturaleza y recreadas en la paleta de los pintores. Está, además, la gama inmensa de ondas eléctricas, magnéticas, atómicas..., que no vemos y que, sin embargo, utilizamos, de manera técnica; la gama inmensa de ondas que se expande a uno y otro lado de nuestro pequeño arco iris: los infra-rojos y los ultra-violetas, desde el átomo y sus partículas, hasta las estrellas. Y está, finalmente, en el fondo sin fondo, la Luz en sí, que no se ve (y que quizá no puede verse nunca), y que podemos comparar a lo divino.

En esa línea, las diversas religiones serían expresión de esa riqueza de colores que brotan de la única Luz, que es Dios, como han destacado a veces los dichos populares. Unos podrían acentuar el verde (¿Verde Islam?), otros quizá el rojo (como el cristianismo, vinculado a la sangre de Cristo), otros el amarillo o el azul... Pero todas las religiones saben que, en el fondo, hay algo más allá de todos los colores. En esa línea, la Biblia dice que lo primero que Dios hizo fue la Luz (cf. Gen 1, 3), para que fuera visible su realidad invisible, para que los hombres fueran descubriendo algunos reflejos de su misterio. ¿No es hermoso que la Luz única se exprese en muchos colores y matices del arco iris, todos ellos valiosos, sin que ninguno pueda excluir los restantes, sino todo lo contrario, pues los necesita? ¿No es hermoso que los hombres podamos ayudarnos unos a los otros a ver los colores de la realidad, contando a los demás lo que vemos y dejando que ellos nos cuenten, por su parte, lo que han visto?

Así decimos que la Realidad (la Luz en sí, lo Divino) es desconocida haciéndose cognoscible en sus diversos matices. Por eso, por exigencia de la misma revelación, las religiones tienen que ser múltiples, como dice para los cristianos la Carta a los Hebreos (cf. 1, 1ss.). (1) Este es un signo de *debilidad*: ningún hombre ni pueblo tiene ojos para verlo todo, ninguno es capaz de descubrir todos los matices de la revelación de la Luz, y menos de llegar a la Luz en sí, ninguno es Dios. (2) Pero, al mismo tiempo, este es un signo de *riqueza*: ¡Podemos ayudarnos a ver los unos a los otros!

Sería muy triste que todos descubriéramos lo mismo en las cosas que miramos. Sería horrible que solo existiera aquello que vemos. Por eso, es necesario el proceso de profundización religiosa y el diálogo entre los creyentes. En esa perspectiva debemos recordar que las religiones no son fines, sino medios. Ellas no contienen la realidad de Dios, sino que son caminos a través de los cuales se expresa y expande su experiencia, en formas distintas y convergentes.

Entendido así, el diálogo pertenece a la entraña de las experiencias religiosas. He aquí la razón por la que se ha dicho con cierta frecuencia que quien solo conoce una religión no conoce ninguna; quien solo ama de una forma no ama de ninguna. El diálogo religioso constituye un ejercicio de profundización y complementación. (1) Es ejercicio de *profundización* que nos invita a buscar siempre más allá, a situarnos en los límites, para buscar al otro lado aquello que no puede encontrarse, mas siempre nos atrae, tal como han destacado los místicos. (2) Es un ejercicio de *complementación*, que lleva a retomar las experiencias de los otros, para ayudarnos mutuamente a través de un camino que nos permite explorar sobre un mundo donde hay lugar y riqueza para todos.

Normalmente, en los procesos de conquista de este mundo, aquello que uno consigue no puede ya tenerlo el otro. De ahí que surja a veces la más dura competencia, que nace de la envidia y del deseo de tener unos mismos bienes. Pero en el despliegue y revelación de la Luz de Dios sucede lo contrario. ¡Debemos aprender unos de los otros, de manera que cuanto más tengan los unos más podrán tener los otros! He aquí la razón por la que no podemos decir que las otras religiones son falsas y la nuestra verdadera, de manera que debemos rechazarlas para nuestro bien, sino todo lo contrario. ¡Las demás religiones son también verdaderas y, cuanto más lo sean, más podrán aportar y enseñarnos, para que veamos mejor todos!

Todo celo y competencia malsana en el campo religioso, todo intento de impedir que las otras religiones se expandan y expresen sus hallazgos y experiencias constituyen un signo de falta de fe en Dios y/o de debilidad, que puede acabar siendo enfermiza y malsana. Únicamente aquellos que no creen de verdad en la Luz superior, aquellos que no aceptan la múltiple riqueza de la vida humana, abierta de formas distintas y convergentes a la Vida, pueden sentirse amenazados por la verdad de las otras religiones, llegando a perseguirlas a muerte.

Esto no significa que todas las religiones sean iguales o equivalentes. No es lo mismo el viejo paganismo del Himalaya que el budismo, ni era lo mismo el judaísmo que las religiones del entorno antiguo de Palestina, ni el cristianismo es igual que las religiones autóctonas de los vascones. Pero allí donde una religión se cree superior y destruye por la fuerza a las demás se vuelve instantáneamente falsa, por más verdades y bellezas que pueda tener en teoría. Es verdadera aquella religión

que respeta a las demás y las ayuda a desplegarse plenamente. Es verdadera aquella religión que renuncia a salvar a los demás por medio de la fuerza.

Volvamos a la imagen: el rojo es valioso en la medida en que, siendo lo que es, nos ayuda a valorar y disfrutar mejor el verde, y viceversa. Un espectro de colores donde, al fin, se impusiera uno de ellos, negando a los otros o tomándolos como inferiores, acabaría siendo un signo de muerte, lo mismo que un encefalograma plano. En el principio de la Realidad concreta de los hombres no hay un tipo de unidad o totalidad, que se impone sobre todas las restantes, sino el juego bello de los múltiples colores, que se expresan en forma de armonía. La Luz en sí, que sería el Uno entendido de manera trascendente, se encuentra siempre más allá, y se muestra en la múltiple riqueza de colores⁴.

c) Principio de inspiración: Hay varias religiones, pero todas se unen en diálogo de amor

Existen muchos valores, es decir, muchos dones o riquezas humanas que permiten que los hombres puedan dialogar y comunicarse en amor, descubriendo que la unidad se da en la pluralidad y no por fuera de ella o por encima. Este es un argumento que aparece en diversas religiones y que ha sido recogido de manera cristiana por san Pablo (cf. 1 Cor 12-14).

La diversidad de carismas o valores puede convertirse en principio de enfrentamiento, si es que cada uno envidia a los demás, haciendo de este mundo un campo de batalla. Pero esa diversidad puede y debe convertirse en principio de diálogo más alto. El amor exige diversidad: es bueno que haya hombres y mujeres, para así atraerse y gozarse de la diferencia, sin que unos (presumiblemente los hombres) sean superiores a los otros. Es bueno que haya hombres y mujeres con dones diferentes, para dialogar y enriquecerse entre sí. En esa línea, el ideal de la experiencia religiosa no es la uniformidad (un imperio, un mercado...), ni una jerarquía de tipo más o menos platónico, donde unos seres se sitúan por encima de los otros, sino una diversidad gozosa de colores o personas, que se relacionan en gesto de armonía, libremente, como iguales.

El pensamiento platónico, dominante en Europa, ha interpretado la unidad y la religión como jerarquía: como expresión de la superioridad sagrada de unos seres sobre otros. En esa línea se ha situado generalmente una visión imperial de la realidad, en la que Dios aparece como Señor que domina, como un jefe de ejército que vence a todos los sometidos y contrarios. En la modernidad, ha tendido a imponerse la imagen del mercado, según la cual la diversidad de religiones se entiende en la línea de un contrato en el que triunfan los que más tienen y pueden. Pues bien, en contra de eso, pensamos que el cristianismo y otras grandes religiones

⁴ Imagen tomada de X. Zubiri, *El problema filosófico de la historia de las religiones*, Alianza, Madrid 1993, 148-150.

no se pueden interpretar desde una perspectiva jerárquica, ni a modo de imperio o contrato, sino en forma de comunión de amor.

– *La globalización del imperio* marca el triunfo militar de unos sobre otros, que así quedan sometidos. Este modelo sigue estando en el fondo de muchos intentos modernos, tanto en el campo de la política como en el de algunas instituciones religiosas que han querido imponer sus principios sobre las restantes. La verdad del imperio se expresa por la fuerza y conduce, por un lado, a la uniformidad (en la línea de los vencedores) y, por otro, al sometimiento (que se impone sobre los vencidos). Allí donde se vuelven aliadas del imperio (como ha podido suceder en Roma o China o en algunos momentos del cristianismo y del Islam), las religiones pierden su identidad, quedando a merced de una forma de política que acaba siendo siempre destructora.

– *La globalización del mercado* se expresa a través de una serie de transacciones económicas que parecen libres, pero que se encuentran dominadas por aquellos que tienen mercancías y medios para comprarlas y venderlas. En principio, el mercado pretende ser neutral: todos pueden venir y poner sobre la plaza sus productos, de manera que, en el fondo, es bueno que exista variedad de mercancías y de posibilidades... En ese sentido, se ha dicho que el mercado no es imperialista; no es de algunos jefes o jefes, sino de todos, con lo que, en principio, puede ofrecer unas oportunidades semejantes a los diferentes pueblos y grupos de la tierra. Pero la verdad es que este esquema del mercado, unido al capitalismo, aun teniendo sus valores, está llevando al sometimiento y esclavitud a gran parte de la población mundial.

– *En contra de la globalización del imperio y del mercado, la unidad de las religiones se sitúa en el campo del mundo de la vida, y se expresa en forma de comunión dialogal.* El mercado no regala nada, todo lo compra y vende, desde la bomba atómica hasta la vida humana, desde la tierra hasta los animales; en ese plano, domina el talión, un tipo de ley que mantiene a todos sometidos. Por contraposición, las religiones no compran ni venden nada, sino que buscan y comparten el regalo de la vida. Una humanidad que se unificara militarmente como imperio y económicamente como mercado perdería el gozo de la vida, y terminaría volviéndose causa de locura o destrucción para la mayoría de los hombres y mujeres. Desde ese fondo, queremos distinguir la universalidad o globalización actual del mercado (en línea capitalista) y la apertura universal de las religiones. Como he dicho en la parte anterior, al tratar del cristianismo, entendido en sentido radical, la religión se define y despliega en forma de comunicación sin más, es decir, como experiencia de comunión de vida.

En un sentido, la religión no es necesaria para que los hombres vivan materialmente. Ella es, empero, conveniente e incluso necesaria en otro plano, pues “los hombres no viven solo de pan, sino de toda Palabra que brota de la boca de Dios” (cf. Mt 4, 4). En esa clave, las religiones abren para los hombres unos

espacios y caminos de gratuidad, precisamente allí donde la vida desborda el nivel del imperio y del mercado, de la imposición y del sistema. En ellas, se expresa la experiencia de la Luz que se despliega en múltiples colores; en ellas, resuena la Palabra de Dios que está más allá del pan material... Quizá se pudiera seguir diciendo que tampoco los hombres son necesarios para el mundo. Ellos pueden acabar y este planeta seguirá desarrollando otras formas de vida por siglos y siglos, hasta que se consuman sus posibilidades y se quemará de algún modo para siempre. Los hombres no son necesarios tampoco en línea de imperio y mercado, ya que imperio y mercado podrían mantenerse con artefactos mecánicos, sin verdadera libertad (identidad) humana.

Cósmicamente hablando, las religiones no son necesarias, aunque tienen una importancia suprema como apertura al misterio divino (de interioridad) y comunicación personal. Por eso, hemos dicho que los hombres no pueden vivir solo de pan, de imperio y mercado..., por más que en el super- o hiper-mercado se vendan mercancías preciosas para aquellos que pueden pagarlas (mercancías que causan envidia y que enfrentan a unos con otros, llevando a la muerte a los más pobres). Por encima de aquello que se paga y tiene precio viene a expresarse el gozo de la religión como descubrimiento y despliegue gratuito de la vida que se da y comparte.

– *La religión (Palabra de Dios) es una en su origen, pero se expresa, de un modo concreto, en múltiples palabras de diálogo afectivo, esperanzado, en la vida, de los hombres.* Así es la religión. Lo hemos visto desde la perspectiva de la Realidad (el Elefante), la revelación (Luz y colores). Ahora ella viene a presentarse como Espíritu compartido, como Aliento de vida divina que nos llena y configura, que nos enriquece y nos impulsa, capacitándonos para buscar y dialogar unidos. En este contexto, podemos hablar de con-inspiración (conspiración o inspiración común).

– *La religión es palabra encarnada*, como sabe Jn 1, 14 (la palabra se hace carne) y ratifica Hb 1, 1-3: “De muchas maneras habló Dios a nuestros padres, a través de los profetas”, pero ahora nos ha hablado en Hijo... El Hijo y palabra de Dios que se encarna en los más pobres, que vive y habla a favor de los demás, hasta la muerte (hasta morir por todos), como ratifica el evangelio. Solo de esa forma, entregando la vida por todos y resucitando en forma de “amor para todos”, por el Espíritu Santo, Jesús puede “entregar a Dios Padre” su Reino, reino en el que caben todos, de forma que Dios sea “todo en todos”, no por imposición, sino por diálogo de amor desde los más pobres (cf. 1 Cor 15, 28)

– *En esa línea podemos y debemos hablar de una con-spiración*, es decir, de una inspiración o presencia de Dios que se expresa en el diálogo y comunión entre todos los hombres. Volvemos así a la imagen de la Luz, que se difractaba en los colores del arco iris visible e invisible. Pues bien, esos colores pueden entenderse como inspiraciones del Espíritu de Dios (en la línea de 1 Cor 12-14). Las diversas religiones conspiran: ellas reciben y

expresan inspiraciones superiores, que no se excluyen, sino todo lo contrario: que deben colaborar para enriquecerse mutuamente. En esa línea, por encima del imperio y el mercado, podemos y debemos situar ahora la entrega y generosidad de las religiones. No es bueno que haya un imperio único, ni un mercado que se cierra en sí mismo, sino múltiples “espíritus”, riquezas y valores que se enriquecen mutuamente, mas no desde un “capital” que se impone sobre todos, sino desde una vida que se comparte y alimenta, desde el don de cada uno (de cada persona, de cada pueblo...) al servicio de todos los pueblos.

Es conveniente que existan carismas distintos, inspiraciones diversas, religiones múltiples, no en forma de lucha por el triunfo propio, sino de enriquecimiento mutuo: las diversas religiones y carismas no solo deben admitirse entre sí, sino que han de “conspirar” para bien de todas (es decir, de la humanidad). Por eso, para estar más cerca de la Verdad, cada religión tiene que procurar el bien de las otras religiones más que el suyo propio, como indicaba san Pablo, al referirse a los cristianos, en 1 Cor 12-14⁵.

En este sentido, las muchas religiones se convierten en una única Religión, pues todas ellas se vinculan a través de su generosidad. El imperio tiende a ser único (un único ejército, dominando en todo el mundo), lo mismo que tiende a ser único el mercado (como de algún modo parece ya darse en el mundo). Imperio y mercado, sin embargo, son únicos por imposición, de un modo monolítico, haciendo del hombre un sujeto sometido a la fuerza (imperio) y un objeto (en medio de todos los restantes objetos). En contra de eso, las religiones pueden y deben abrirse y abrir a los hombres hacia un tipo de unidad de comunión en la diversidad, una unidad que se expresa en el descubrimiento y búsqueda compartida del misterio, y en el diálogo mutuo a partir de ese mismo misterio.

⁵ Cf. X. Zubiri, *El problema teológico del hombre: Cristianismo*, Alianza, Madrid 1997, 601-603, 606-609. Las diversas religiones "conspiran", brotan de un aliento común, son signo de una respiración múltiple, en la que cada uno ayuda a los demás. Hay una *conspiración negativa* que consiste en vigilar a los otros para traicionarlos y echarles abajo tan pronto como se pueda (como suele decirse en política). A veces, las mismas religiones han actuado de esa manera. Han pensado que la competencia era negativa, que había que destruir a los demás para elevarse lo propio. Puede y debe haber, empero, una *conspiración positiva*, que consiste en descubrir la presencia del Espíritu Santo en los demás, no solo dentro de la propia iglesia o religión, sino en el conjunto de la humanidad, que forma el único Cuerpo del Ser humano: Todos somos hijos de Adán, como sabe la Biblia (cf. Gen 1-3; Rom 5). En esa perspectiva se sitúa el Sermón de la Montaña, cuando dice que amemos a los enemigos o distintos, que pidamos para ellos la bendición de Dios (cf. Mt 5, 43-48). Eso significa que los cristianos deben orar por musulmanes y judíos, por budistas y ateos, pidiendo a Dios que les vaya bien, que progresen en humanidad (no para que se hagan cristianos en sentido confesional).

2. DIÁLOGO RELIGIOSO. CUATRO CAMINOS

a) Ni imposición ni parlamentarismo, con dominio de las mayorías

Toda unidad religiosa que se impone es siempre mala; con todo, la unidad de las religiones no se puede conseguir tampoco a través de un tipo de parlamento, en la línea de las democracias occidentales. En este contexto, nos hallamos influidos por la aplicación de los métodos y formas del parlamentarismo moderno al tema de las religiones, continuando las formulaciones de algunos teóricos de la filosofía de la comunicación. Es evidente que el tema de la libertad y el diálogo resulta esencial para toda propuesta religiosa; pero hay que superar un tipo parlamentarismo influido por esquemas de imperio y de mercado, donde la mayoría se impone a las minorías.

Las religiones solo son verdaderas en la medida en que abren espacios de vida para las minorías, para los excluidos, de manera que nadie se imponga sobre nadie, sino que cada uno abra espacio de vida para los demás. Las religiones tienen un compromiso de apertura hacia grupos y personas que permanecen al margen de las mayorías parlamentarias. Para ellas, lo más importante no son los grandes números, el triunfo de las mayorías, sino al contrario, la vida de los más pobres, la experiencia de un Misterio (Elefante, Luz, Gratuidad) que está más allá de todos los posibles acuerdos logrados por mayoría, más allá de todos los convencimientos puramente racionales.

Ciertamente, es bueno un “parlamento de religiones”, un lugar adonde ellas vengán a dialogar y presentar sus propuestas. Por eso, las religiones deben hablar y compartir sus experiencias: lo que ha visto en el Gran Elefante, el color del espectro de Luz que han explorado, el don que han recibido... Pero cada una ha de hacerlo buscando el bien de las demás, no para formar un gobierno donde los triunfadores impongan su criterio y los opositores lo combatan, sino todo lo contrario. En tesitura religiosa, solo serán vencedores los que sean capaces de renunciar más intensamente (los que menos quieran para sí); en esa línea, solo tendrán palabra aquellos que la ofrezcan y compartan con los otros, sin reservarla para sí mismos.

Sin duda, la universalidad de tipo parlamentario es positiva y necesaria en un nivel, aunque resulta insuficiente en el diálogo religioso, donde tiene que abrirse espacio de vida y palabra para aquellos que son menos influyentes, para las víctimas, para los oprimidos. Al decir esto, no tratamos de negar el diálogo formal, sino de trascenderlo. Solo siendo más que un “parlamento” (nunca menos) el diálogo entre las religiones podrá ofrecer un camino de vida a la humanidad actual, en horizonte de paz. Los grupos religiosos que se niegan al diálogo niegan algo que es esencial para la vida humana; si bien, al mismo tiempo, estoy convencido de que otros grupos religiosos que desconfían de un cierta democracia parlamentaria, de tipo occidental, tienen también sus razones, porque esa forma de democracia puede

estar y está muchas veces al servicio del poder de algunos, no del despliegue del misterio y de la vida (diálogo gratuito) de todos.

b) Profundización en las tradiciones de cada religión

En ese sentido, creo que el *universalismo* al que tienden las religiones ha de buscarse a través de una profundización en la propia experiencia y tradición espiritual. Cada vez tengo más miedo a la nivelación de religiones, a la búsqueda de un común denominador... La búsqueda de ese común denominador (vinculado a veces a una paz superficial, que puede ser la del sistema) tiene su importancia, pero resulta insuficiente, porque no llega a la raíz de las religiones, al lugar donde ellas cultivan y ofrecen su experiencia más honda de encuentro con el misterio (han palpado al Elefante) y de apertura a la Luz (han vislumbrado su hondura originaria). En ese sentido, pienso que una religión solo puede ser ecuménica cuando ella busca lo más esencial de su propia tradición. Estoy convencido de que el cristianismo (la religión que mejor conozco), visto desde su raíz, es más que el cristianismo estructurado —es decir, más que Iglesia católica, más que el conjunto de las Iglesias.

El pasaje de las “revelaciones múltiples de Dios en las religiones” (cf. Hb 1, 1), añade que “ahora, en los últimos tiempos, Dios nos ha hablado por su Hijo Jesucristo”, suponiendo que en él se encuentra la verdad completa. Algunos han interpretado esa afirmación de un modo exclusivista, como si ya no hicieran falta otras religiones, como si una forma de entender la Verdad de Cristo pudiera y debiera imponerse sobre todo. Pues bien, es todo lo contrario: conforme al evangelio, los cristianos saben que la verdad de Jesús de Nazaret es universal únicamente en la medida en que ella renuncia a imponerse, en la medida en que sus portadores, los cristianos, buscan el bien de los demás (de los no cristianos) como el suyo propio. Se puede añadir que solo será buen cristiano aquel que busque y promueva el bien de los otros grupos religiosos igual (o incluso más) que el bien de su grupo.

Un cristiano que solo quiera el triunfo del cristianismo no es cristiano, porque Jesús murió por todos, para negar el poder (la imposición) de una religión particular, y para hacer así posible la apertura afectiva, espiritual y humana (sanadora), hacia todos los hombres. Eso significa que, para que el cristianismo sea cristiano, ha de ser más que una religión particular. El cristianismo ha de ser una inspiración o movimiento que se abre (sin afán proselitista, sin deseo de triunfo propio) hacia las restantes religiones, como conspiración, para así compartir la riqueza de la vida.

c) De la confrontación al entendimiento. Conocer la religión de otros

Conforme al mito de la Torre de Babel (cf. Gen 11), en otro tiempo fue posible separarse y pervivir según ese gesto de ruptura y enfrentamiento continuo: cada pueblo se fue por su camino, con su lengua y religión; todos decepcionados, todos divididos, hasta poblar el mundo entero, en un camino que ha culminado en

nosotros. Hoy ya no es posible seguir ese camino, mantener esa actitud de enfrentamiento que nace del deseo de conquistar por la fuerza la Torre y dominar al mundo entero. O aprendemos a dialogar, no construyendo torres de poder, sino buscando cada uno el bien de los demás y conspirando todos en la clave del amor mutuo, o nos termina destruyendo y destruimos la gran aventura de la Vida de Dios que se expresa en nuestra vida. Eso significa que tenemos que aprender a dialogar desde un Misterio superior de gratuidad, aceptándonos unos a otros como distintos, en amor gratuito, estando cada uno dispuesto a morir en favor de los demás y no a matarlos. De no hacerlo, podemos acabar matándonos todos.

Solo en este contexto podemos apelar los cristianos a la verdad de Jesús, a quien concebimos como Palabra de Dios (cf. Jn 1, 1-18). Nosotros hacemos presente a Jesús como Palabra y Verdad allí donde renunciamos a imponerla e imponernos, allí donde rechazamos todo deseo de triunfo particular, y ponemos nuestra vida creyente y nuestras instituciones eclesiales al servicio del diálogo en amor entre todos los hombres. Ciertamente, nosotros, los cristianos, creemos haber experimentado una parte del gran Elefante, hemos descubierto un color en el espectro de colores de la revelación de Dios. Más aún, hablando humildemente, con voz temblorosa, sin querer imponernos sobre los demás, podemos y debemos decir que creemos que Dios se ha revelado más plenamente en Cristo, incluso que este es el Hijo de Dios. Pero, tan pronto como hemos dicho eso, debemos añadir que esa Verdad no nos concede ningún poder o ventaja sobre los otros, sino todo lo contrario: nos hace servidores de ellos, de todos.

Eso significa que la unidad entre las religiones solo puede entenderse y realizarse abriendo espacios de diálogo para todos los hombres, sin que una religión se imponga a las restantes, sin que los hombres religiosos se impongan a los no religiosos, sino todo lo contrario. Los cristianos no queremos que todos los hombres se hagan cristianos confesionalmente (como miembros de nuestra Iglesia concreta), sino que puedan ser hombres en plenitud, viviendo en gratuidad, y que de esa forma puedan descubrir y compartir el don de la vida, porque “quien no está contra nosotros está a favor nuestro” (Mc 9, 40).

Por eso decimos que Jesús es *el hombre verdadero*. Jesús no fue un cristiano, no fue miembro de una iglesia, gerente de una empresa espiritual, ministro de un determinado culto (obispo, pastor...), sino simplemente un hombre (Hijo de Hombre) al servicio de la humanidad entera, de la salud y de la vida de los hombres. Jesús había sido crucificado porque se puso al servicio de los distintos y extraños, de los expulsados del “buen pueblo” israelita: los cojos-mancos-ciegos, los publicanos y prostitutas, los leprosos y ciegos, los pobres... Quiso abrir para todos un camino de humanidad y concordia; y precisamente por eso lo mataron.

Pues bien, los cristianos confiesan que Jesús ha resucitado, es decir, que ha sido recibido en la vida plena de Dios, y que continúa influyendo en el mundo, allí donde los hombres y mujeres siguen comportándose como él se comportaba, siguen abriendo caminos de comunicación gratuita. En principio, los cristianos no quisieron crear una nueva religión, sino abrir unos espacios de comunicación y esperanza universal desde el mismo judaísmo, superando para ello sus leyes particularistas (leyes rituales, de comidas). Ellos lo hicieron así precisamente para poder dialogar con todos los hombres, pensando que podían ofrecer a la humanidad entera un modelo y camino de diálogo en humanidad.

En ese contexto se sitúa la disputa esencial de la Iglesia primitiva, que está relacionada con la misión de Pablo, de quien hemos hablado hace poco. *Algunos cristianos de origen judío* querían entender el cristianismo como una religión cerrada, con unas leyes o normas de pureza muy estricta, como querían algunas corrientes judías de aquel tiempo: todos debían circuncidarse, no comer carne de cerdo ni otros alimentos impuros; debían realizar unos rituales de purificación (lavatorios), llevar unos vestidos especiales, observar unas fiestas (sábados, lunas llenas), venerar ciertos santuarios (Jerusalén...). San Pablo no prohibió esas leyes, dejó que las siguieran observando aquellos que se sintieran vinculados a ellas, si bien se opuso con toda fuerza a quienes querían imponerlas a los otros. Cada pueblo podía tener sus costumbres sagradas (judíos, griegos, escitas...), sus propios rituales de comidas y plegarias, de templos y fiestas; por eso, quien quisiera circuncidarse podría hacerlo, lo mismo que el que decidiera no comer carne de cerdo, siempre que no lo impusiera a los demás, ni lo tomara como lo fundamental. La religión de Cristo era, a su juicio, una experiencia de gracia y comunicación abierta, es decir, de diálogo entre todos los hombres.

Los cristianos y otros hombres religiosos de la actualidad nos seguimos encontrando precisamente allí donde nos dejó san Pablo, con los mismos problemas que él tuvo. En ese sentido, los creyentes de las llamadas grandes religiones (cristianos, budistas, musulmanes) no queremos crear una religión más, no queremos tener unos ritos particulares, que únicamente valen para algunos, no queremos crear unas instituciones propias de tipo sagrado, sino poner de relieve el amor mutuo universal (cristianos), la pacificación de todos los hombres (musulmanes), la superación de la violencia (budistas)... Cultivamos, según eso, una experiencia secular, abierta a la totalidad de los hombres, como sabe Jn 4, 23: “No adoramos a Dios en Jerusalén o en Garicín, con unos ritos u otros, sino en Espíritu y Verdad”.

Ciertamente, por la presión de la vida, el cristianismo (como otras religiones) ha tenido que transformarse en un grupo particular, con unas estructuras ministeriales, con unos ritos particulares muy hondos (sacramentos), propios de iniciados. Esa

transformación ha sido necesaria, mas resulta siempre secundaria y mudable; es algo que puede y debe cambiar, desde la inspiración básica de Jesús (acentuada por Pablo). El cristianismo no es una religión más, con unos ritos entre otros, sino que quiere ser y es una gracia y experiencia mesiánica de unión de amor entre todos los hombres. La religión se identifica con esa misma comunión de vida universal.

d) Más allá del supermercado donde todo se compra y vende

Esa comunión universal no puede entenderse en línea de “supermercado”, como si la religión fuera como producto especial que se expone entre los diversos objetos de consumo. Imaginemos una gran área comercial, con sus estantes propios y sus variedades, *prêt a porter*, a gusto de consumidores. Pueden colocarse a los lados del gran mercado ciertas capillas especiales para las religiones más significativas (con sus santos ritos) o templos multi-uso, donde se ofrezcan y vendan ceremonias distintas, según demanda. Esta sería la religión de los *mass media*, en los que se opina de todo, todo se valora por igual, de manera que al fin resulta intercambiable Cristo con Krisna, Buda con Mahoma, Moisés con Zoroastro y Confucio con Sócrates, convenientemente domesticados todos ellos para consumo de masas. En este contexto las religiones antiguas deberían perder su identidad específica, dominadas todas ellas por la única religión verdadera de la actualidad, que es la del sistema económico-social, con sus tres personas-máscaras (capital, empresa, mercado) y su único Dios verdadero (que es el triunfo del sistema).

Pues bien, el cristianismo de Pablo (como las grandes religiones: budismo, islam, etc.) se opone a las tendencias de ese supermercado: no quiere comprar ni vender nada, sino salir del sistema comercial, para poner a todos los hombres y mujeres ante la única gracia y tarea de la vida, que es el amor mutuo, sobre toda simple ley, sobre toda sacralidad particular.

Desde la perspectiva del mercado, se podría manipular el desarrollo anterior. Las diversas partes del *elefante* se podrían comprar y vender, todas ellas por dinero; los colores del *arco iris* se habrían unificado en el puro capital; al fin, habríamos logrado construir *la Torre de Babel*, pero sin confusiones, pues el único mercado nos capacita para dialogar a todos. Este sería el momento de la verdadera *conspiración*, el nuevo Pentecostés, la única conquista verdadera de la tierra (ya que las antiguas, de cristianos o musulmanes, de persas o romanos, fueron pasajeras...). Habría un gran mercado de religiones. Estaríamos en el tiempo de la gran unidad (de confusión) universal; dejarían de existir diferencias religiosas significativas.

Así dicen muchos. En contra de ellos, desde la perspectiva de Jesús y de las grandes religiones, debemos contestar que el hombre es más que un momento del sistema, la vida es más que mercado. Por eso, seguimos defendiendo la diversidad de religiones, no como objeto de mercado, sino como experiencia de humanidad,

que se expresa y realiza en el amor mutuo. No negamos ni condenamos las diversas religiones. Al contrario: creemos que son expresiones verdaderas del único Dios o del gran misterio de la Vida humana. Pero queremos buscar la comunión de fondo en todas ellas, no por victoria de una sobre las demás, sino por iluminación superior de gracia (que los cristianos pensamos que se puede realizar desde Jesús). No queremos que el mercado destruya las religiones, porque no queremos que destruya a los pobres.

3. GLOBALIZACIÓN SOCIAL Y GERMEN RELIGIOSO

a) Globalización política. El mensaje de Benedicto XVI

La globalización político-económica es buena en un nivel, pero no resuelve todos los problemas de los hombres, sino que incluso podría aumentarlos, pues, si hubiera una autoridad mundial unificada, podría desembocar en la más dura de todas las dictaduras hasta ahora conocidas, en la senda de los “imperios” mundiales (babilonio, persa, helenista, romano...) que había criticado el libro de Daniel y el Apocalipsis de Juan. Por eso, junto a la globalización imparable del sistema, sería necesaria una forma distinta de globalización en el ámbito del mundo de la vida (y de la comunicación religiosa, y en especial cristiana).

En esa línea resulta interesante, aunque quizá insuficiente, la visión del papa Benedicto XVI en su encíclica social *Caritas in Veritate* (2009). Expone un programa de paz mundial a partir de la unión de todos los poderes (estados) del mundo, con la ayuda de un ejército mundial. Conforme a esa visión, los “estados” deben ceder en parte sus poderes para así formar un gobierno mundial al servicio de la humanidad. Todo nos permite suponer (en perspectiva de utopía) que el tiempo de los grandes estados nacionales e internacionales (con los bloques económico-militares) ha pasado o debe pasar. Ciertamente, quedarán los pueblos, los valores culturales; no obstante, los estados perderán su influjo en el sistema, y no serán beneficiosos para el mundo de la vida. No son Dios, ni servidores divinos, ni tendrán un lugar preparado en el “cielo”⁶.

El problema está, pues, en la superación del tipo actual de los estados para crear una clase de poder mundial al servicio de la paz. Así lo dice Benedicto XVI, indicando que el cristianismo va en la línea de la buena política (es decir, de un cambio de política) de los Estados y del Mercado, que debería realizarse partiendo de la autoridad de un poder central más alto, de tipo Autoridad económico-política, representada por las Naciones Unidas:

Ante el imparable aumento de la interdependencia mundial, y también en presencia de una recesión de alcance global, se siente mucho la urgencia de la reforma tanto de la Organización de las Naciones Unidas como de la Arquitectura Económica y Financiera Internacional, para que se dé una concreción real al concepto de familia de naciones. Y se

⁶ Cf. Mt 25, 31-45; 28, 16-20; y Ap 21-22 hablan de pueblos en la escatología, pero no de estados.

siente la urgencia de encontrar formas innovadoras, para poner en práctica el principio de la responsabilidad de proteger, y dar también una voz eficaz en las decisiones comunes a las naciones más pobres. Esto aparece necesario precisamente con vistas a un ordenamiento político, jurídico y económico que incremente y oriente la colaboración internacional hacia el desarrollo solidario de todos los pueblos. Para gobernar la economía mundial, para sanear las economías afectadas por la crisis, para prevenir su empeoramiento y mayores desequilibrios consiguientes, para lograr un oportuno desarme integral, la seguridad alimenticia y la paz, para garantizar la salvaguardia del ambiente y regular los flujos migratorios, urge la presencia de una verdadera Autoridad Política Mundial, como fue ya esbozada por mi predecesor, el beato Juan XXIII. Esta Autoridad deberá estar regulada por el derecho, atenerse de manera concreta a los principios de subsidiaridad y de solidaridad, estar ordenada a la realización del bien común, comprometerse en la realización de un auténtico desarrollo humano integral inspirado en los valores de la caridad en la verdad (*Caritas in Veritate* 67)⁷.

Esa autoridad política mundial implica una globalización político-económica al servicio de la justicia y de la paz. Evidentemente, esa autoridad, entre cuyas tareas se encuentra el “oportuno desarme integral”, resulta no solo positiva, sino necesaria. Parece conveniente el surgimiento de una “Autoridad Política Mundial” al servicio de la seguridad alimenticia y de la paz. Por eso, debemos empezar alabando calurosamente al Papa y alegrándonos mucho de su compromiso a favor de la paz, desde una perspectiva económica ejemplar, en línea de sistema.

Debemos añadir que, en principio, su propuesta se sitúa en un plano de sistema de poder, más que en el nivel más alto del mundo de la vida, propio del cristianismo, que resulta a nuestro juicio decisivo. Lógicamente, en un discurso de tipo jurídico-político, el Papa no puede apelar al Sermón de la Montaña, ni a las palabras centrales del mensaje de Jesús (no cita ni a Marcos ni a Lucas, ni los textos básicos de Mateo). Por eso, su propuesta, siendo muy sabia (quizá la mejor que se puede hacer desde un orden superior de política y economía humanista), no responde a la exigencia originaria de Jesús, que no dictó lecciones para los gobernantes y los ricos del sistema, sino que abrió un camino de solidaridad sanadora y de paz desde los pobres.

Lo que dice Benedicto XVI es, en el fondo, lo que deseaban J. Habermas y los mejores neo-ilustrados de izquierda. Pero, como vengo señalando en el fondo de esta colaboración, para los cristianos lo más importante no es un cambio en el plano del sistema, sino una transformación radical en el mundo de la vida, con el surgimiento y camino de personas y grupos que opten por la comunicación universal, humana, desde abajo, es decir, partiendo de los pobres/itinerantes (que

⁷ Texto de Benedicto XVI en www.vatican.va/.../hf_ben-xvi_enc_20090629_caritas-in-veritate. La cita de Juan XXIII (*Pacem in Terris* 293) ha de entenderse desde su contexto. Es evidente que Juan XXIII defendió una paz mundial, que se expresara en un cambio fuerte de las instituciones políticas y económicas; aun con todo, la situación de su tiempo (1963) era muy distinta, y es también diferente la inspiración evangélica de su texto.

son los que pueden curar a los ricos). Solo desde ese plano podrá promoverse una oportuna transformación del sistema político-económico.

Jesús y los grandes creadores religiosos como Buda (dejo aquí a un lado a Mahoma) vinieron a situarse en el “mundo de la vida”. No quisieron tomar el poder para cambiar el Estado y la economía mundial (ni quisieron influir en la configuración de las instituciones mundiales), sino que optaron por iluminar (convertir) a personas y grupos concretos, iniciando con ellos (para ellos) un camino distinto de paz mesiánica, en una línea que se sitúa cerca de lo que podríamos llamar “objección de conciencia” y rechazo del mundo de la guerra. No se trata de lograr un pequeño cambio en la fachada del sistema político-económico (y militar), sino de transformarlo de un modo sustancial, desde arriba, en el plano de las opciones radicales de la vida.

La transformación del Estado (de los estados) y de la Economía mundial (con el ejército) ha de venir, pero vendrá después, superando el plano de un sistema de poder, sin apelar a medios de imposición económica o política. Los grandes problemas de un ámbito (en este caso del económico-político) solo se resuelven situándose (y situándonos) en un plano más alto. Para que la economía y la política puedan ofrecer su aportación al despliegue de la vida humana, en perspectiva universal, deben superar el plano de la globalización del sistema (en clave de poder), para situarse en un plano de comunión personal, en gratuidad.

b) Necesidad y riesgo de una Autoridad Política Mundial

Sin duda, en el caso de que surja esa Autoridad Mundial que quería Benedicto XVI, a través de unas Naciones Unidas verdaderamente eficaces, los estados particulares podrían desarmarse, como se desarmaron los ejércitos de los nobles y las mesnadas de las ciudades con la llegada de los Estados Nacionales, entre los siglos XVI y XIX. Desaparecería así un tipo de ejércitos nacionales (convertidos en meras policías regionales), pero no habría llegado el verdadero desarme, sino que podría surgir una pauta de imposición y dictadura político-militar más alta (como pudo haber sucedido en el Imperio Romano, cuando el Ejército/Policía de los pretorianos tomó de hecho el poder).

Sin el cambio radical de las personas y los grupos, el fortalecimiento de un tipo de Estado/Economía mundial podría convertirse en la mayor de todas las dictaduras, como la Biblia ha puesto de relieve al hablar de unos imperios mundiales en los que se unifica todo el poder económico/militar. En vez de convertirse en “aliados de Dios” (como quiere Benedicto XVI), se convierten en antidivinos (las bestias de Dan 7 y de Ap 13-14)⁸.

⁸ He analizado el tema en X. Pikaza, *Apocalipsis*, Verbo Divino, Estella 1999.

Ciertamente, reconozco el valor de la propuesta admirable del Papa, con su esfuerzo por regular el poder/economía, poniéndolo al servicio del despliegue de la humanidad. Mas en este momento de la historia, tengo miedo de los “poderes únicos”, vinculados al único ejército/mercado, ya que por este camino quisieron avanzar, de manera fatídica, el imperio nazi y el comunismo soviético.

Desde ese fondo, dentro de la lógica judeo-cristiana (que está tras Daniel y Apocalipsis), quiero poner de relieve la exigencia de una insumisión creadora (es decir, de una protesta eficaz, en contra del Sistema), al servicio de unas formas inmediatas (personales) de comunicación y de libertad. En esa línea, sin rechazar la dinámica que lleva a la creación de un gran Estado/Economía Mundial, con el desarme de los ejércitos menores, me habría gustado que el papa Benedicto XVI hubiera destacado más el ideal y las implicaciones de una verdadera “desobediencia civil y militar”, en el plano de la insumisión y de la objeción de conciencia (tal como abrió el Vaticano II en la *Gaudium et Spes*), desde la raíz del cristianismo, como puso de relieve con lucidez extraordinaria el Apocalipsis al aventurar una desobediencia masiva de los cristianos frente al sistema económico/militar de Roma.

c) Germen religioso: gracia, pobreza y universalidad

Como muy bien barruntó san Agustín en su propuesta de búsqueda común de la divinidad, amparado en la complementariedad del otro y de lo diverso⁹, la verdad es una, pero solo puede expresarse allí donde se asumen y valoran perspectivas distintas, sin que una domine sobre el resto. La verdad es una, pero no puede expresarse y triunfar a través de un tipo de “toma de poder” (en el nivel del sistema político-económico), sino desde otros principios que, a mi juicio, se condensan en los tres de la gracia, pobreza y universalidad¹⁰. Se trata, pues, de lograr un tipo de globalización que no se funda en el sistema, sino más bien en el mundo de la vida, y que solo desde allí (desde ese plano más alto, sin toma de poder) puede influir y expresarse en el sistema.

1. Principio: primado de la gratuidad¹¹

La comunicación universal no puede imponerse por medios políticos o económicos, sino que debe ofrecerse y extenderse gratuitamente, por el gozo de dar

⁹ Cf. *en. Ps.* 103, II, 11.

¹⁰ Cf. X. Pikaza, *Antropología bíblica*, Sígueme, Salamanca 1993, 23-55.

¹¹ Según eso, al principio no era la acción, sino la gracia, es decir, aquello que el hombre recibe y puede compartir con otros. Si se pone al principio la acción, se corre el riesgo de entender la vida como estructura de poder: importa el mérito y es buena, sobre todo, la riqueza; por eso, el mundo ha de acabar en manos de unos pocos, de aquellos que consiguen pensar y realizarse por encima de los otros. Por el contrario, allí donde ponemos al principio la gratuidad estamos reconociendo el valor originario del hombre en cuanto tal, y del diálogo gratuito entre los hombres. Pablo afirma que “allí donde abundó el pecado sobreabunda ahora la gracia”. Quizá pudiéramos añadir que allí donde Occidente ha multiplicado la injusticia económica y social puede y debe expresarse no solo desde

y compartir. El peligro de (casi) todas las revoluciones (francesa, soviética...) ha estado en la toma de poder y en el intento de imponer por la fuerza sus principios. Pues bien, en contra de eso, la revolución que proponemos desde las religiones no se puede realizar tomando el poder, pues, si lo hiciera, dejaría de ser revolución “religiosa” en el nivel del mundo de la vida, y se convertiría en un elemento más del mecanismo del sistema.

Kant suponía que la globalización podía alcanzarse por medios racionales y económicos, que en el fondo terminan imponiéndose de un modo sistémico. Pues bien, sin negar el valor de ese nivel, los cristianos afirman que la globalización (es decir, la unión de todos los hombres) es un don o, quizá mejor, una revelación de Dios y que solo así, en forma de don (revelación gratuita), puede extenderse.

Aquí se sitúa, a mi juicio, la gran “mutación evangélica” (y la experiencia del budismo): en el descubrimiento del valor creador de la gratuidad, superando el deseo impositivo/posesivo que nos lleva a luchar mutuamente. La vida verdadera no avanza en una línea de ley y posesión, de lucha mutua y de toma de poder, sino de gratuidad y comunicación universal. Por largos siglos, los hombres han pensado que los bienes de la tierra deben conquistarse por la fuerza, y que solo se puede conseguir la paz con imposiciones (sacrificando de algún modo a los demás). Pues bien, la lógica de Jesús invierte esa ley de imposición sacrificial y las disputas por la propiedad. La realidad es don (regalo), y solo como regalo puede tenerse y compartirse.

Mientras los bienes del mundo eran tierras o metales preciosos, máquinas o petróleo, podía utilizarse la lógica de la oposición o sacrificio: tengo que quitar a los demás lo que tienen, para tenerlo yo mismo, y así ser poderoso. Pero en el nuevo mundo de los bienes “inmateriales”, donde lo que importa es la “creación de vida”, esa lógica de la oposición puede y debe superarse. Estamos entrando en una era económica o social muy diferente, en la que pierden su prioridad los antiguos tipos de propiedad privada (entendida como fuente de enfrentamientos), de manera que el “mercado” (que estaba en el centro de la propuesta de Kant) puede expresarse y desplegarse en forma de donación mutua, sin propiedad privada de tipo impositivo. Pueden ya cumplirse las “leyes del mercado” que había propuesto Kant, si bien no en forma de compraventa, sino de gratuidad. Solo aquellos que crean y den (que regalan lo que son y lo que hacen) podrán vivir en el futuro, abriendo un camino de concordia universal. Solo en un segundo momento se podrán concretar las mediaciones sistémicas de ese don supremo, que es la vida regalada y compartida.

él, aunque también desde él, una justicia superior, que es gracia, en pequeñez y universalidad, como indicaremos. Desde ese fondo, vuelvo a presentar las claves del proyecto de Jesús como un movimiento humano que desborda los límites confesionales de las iglesias, como germen de humanidad dialogante y respetuosa, como he destacado en X. Pikaza, *La historia de Jesús*, Verbo Divino, Estella 2013.

2. Mediación de humanidad: los pobres

Kant había propuesto una paz de fabricantes y comerciantes, de gente que utiliza los medios económicos para relacionarse y enriquecerse, y su propuesta (¿quizá mal entendida!) condujo a un mercado de ricos, de burgueses propietarios egoístas. Esta era la paz de los que pueden, es decir, de los fuertes y grandes; una paz que acaba estando al servicio de capital, que se concreta en los intereses de los privilegiados que dirigen el mercado. En contra de eso, la paz de Jesús puede y debe elevarse a partir de los pobres, es decir, de aquellos que no buscan la “toma de la riqueza” (en paralelo con lo que antes he dicho sobre la “toma de poder”), sino que dan y comparten lo que tienen, desde la pobreza, es decir, desde la gratuidad compartida.

El mundo actual busca la globalización desde la riqueza, es decir, desde la propiedad de unos bienes, convertidos en principio de posesión. Pues bien, los bienes materiales conservan su importancia, aunque solo pueden ser mediadores de comunicación universal en tanto en cuanto se conviertan en don regalado y compartido. Esta no es la pobreza del no tener, sino la que se expresa allí donde los hombres y mujeres se elevan de nivel, siendo por lo que dan y comparten.

Esta es la segunda categoría mesiánica: la mediación de los pobres. Dentro de una sociedad injusta y dividida, la gracia de Dios (es decir, el movimiento de la vida) viene a expresarse de manera peculiar y más intensa a través de los marginados del sistema, es decir, de aquellos que salen del sistema no de una manera puramente negativa, sino como representantes y testigos de un nivel más alto de realidad, en el plano del mundo de la vida.

Esta no es una afirmación general de tipo filosófico; no es un principio de razón social abstracta, sino una *categoría mesiánica* que brota de la misma acción del Cristo, que ha querido encarnarse entre los pobres, expresando el plan de Dios e iniciando con ellos un camino salvador abierto a todos, en línea de gratuidad compartida, no de posesión egoísta de los bienes. Aquí se sitúa el budismo, cuando renuncia al deseo de bienes para expresar y realizar la vida como compasión universal. Este no es un principio negativo, un “no tener” (bajar de nivel), sino un principio positivo, que se expresa como un ascenso de grado: se trata de descubrir y desarrollar unos bienes más altos, en línea de comunión, en el ámbito de la vida. Desde ese plano superior podrá expresarse la mediación económica del sistema, que no estará ya al servicio de Mamón (el Dios capitalista), sino de la humanidad concreta.

3. Meta: paz religiosa y comunicación personal

Frente a la universalidad del mercado, que regula los intercambios comerciales partiendo de los intereses de los ricos, Jesús promueve la universalidad de la vida, que se expresa en la comunicación personal entre los hombres, partiendo de los pobres. Frente a la universalidad de un imperio que reúne a todos desde el poder

más alto del *imperator* o general en jefe, vinculándoles en la lucha contra un enemigo común (chivo emisario), Jesús destaca la comunicación múltiple de todos con todos, desde abajo, en forma de redes de vida y afecto, de fe compartida. La universalidad de Jesús no se funda en una jerarquía que dirige y domina al conjunto desde arriba, sino en la comunicación directa, desde abajo, a partir de los más pobres, de los excluidos del sistema.

Allí donde la vida es gracia (un regalo) y partiendo de los pobres (excluidos del orden militar, económico o religioso) puede alcanzarse la verdadera universalidad, entendida como diálogo múltiple y enriquecimiento mutuo de personas y grupos (incluso de religiones). Nosotros queremos destacar aquí el universalismo cristiano, pero sabiendo que se trata de un universalismo humano que tiene una base biológica (hombres y mujeres somos una misma especie) y una estructura dialogal: formamos una comunidad múltiple de dialogantes que comparten un lenguaje vital y un mismo camino de pobreza, es decir, de gratuidad compartida.

Pues bien, según el evangelio cristiano, la unidad de todos los hombres solo puede realizarse desde los expulsados de los grandes sistemas del mundo. Esta es la universalidad que parte de *los pobres*. No se trata de construir sistemas religiosos o sociales, sino de que los hombres (empezando por los más pequeños: pobres, marginados, excluidos) puedan comunicarse, como Cristo, “piedra que los arquitectos desecharon y que ahora es cabeza de ángulo y principio de todo el edificio” (Mc 12, 10 par; cf. Sal 118, 22-23)¹².

En este sentido, los cristianos afirman que Cristo (el mesías expulsado y crucificado) es la *piedra desechada* y que con ella no se puede construir un edificio al estilo del templo judío (o de una nueva catedral cristiana), ni un nuevo imperio social o religioso como el que habían fundado por entonces los romanos. Jesús hizo algo mucho más concreto y profundo: abrió unos espacios de comunicación desde los más pobres, como un *bazar multiforme*, pero no al estilo capitalista moderno, para imponer el propio y conseguir riquezas a base de los otros, sino simplemente para compartir experiencias y vivir enriquecidos.

Su movimiento se compara al de un grupo de gentes que se van reuniendo para hablar y vivir, como en una plaza abierta (cf. Ap 22, 2), donde cada uno aporta lo que tiene, y todos pueden comunicarse de un modo directo, sin intermediarios superiores, sin leyes jerárquicas, sin otra norma que el deseo de ofrecer cada uno lo que tiene y el respeto a las necesidades de los otros. Jesús no ha querido ofrecer en este campo una respuesta teórica, no ha construido otro templo, no ha querido otro imperio, sino que ha iniciado un camino de humanidad, de diálogo concreto y universal, como en un gran bazar donde parece que reina el desorden absoluto y,

¹² He presentado las mediaciones de la universalidad en X. Pikaza, *Hermanos de Jesús y servidores de los más pequeños* (Mt 25, 31-46), Sígueme, Salamanca 1984, 431-444.

sin embargo, hay un orden e intercambio más hondos que en todos los programas impositivos, de tipo social o religioso¹³.

La universalidad verdadera solo es posible donde los hombres se miran y encuentran (dialogan) de un modo directo, pues los temas de la vida no están hechos y resueltos de antemano (como en una gran catedral, de diseño unitario), sino que se van resolviendo a medida que los hombres se dan y reciben la vida, se encuentran y dialogan (cf. Mt 25, 31-46). Esta globalización del Dios de Cristo no se resuelve con más dinero, poder o imposición religiosa (con dinero y poder se hacen catedrales y ejércitos, como suponen los relatos de las tentaciones: Mt 4 y Lc 4), sino desde la experiencia de amor compartido. Tiene que acabar la dialéctica de oposición: el principio de la *acción* (triunfo del fuerte) y *reacción* (venganza del más débil). También tiene que caer el *sistema* interpretado como dictadura de algunos (jerarcas antiguos o nuevos), y una ley que se aparece como expresión del conjunto (gran templo) que se impone sobre los hombres concretos. Debemos añadir que nadie triunfa ni se impone, ni siquiera el ‘todo’, pues no existe un ‘todo’ dominante por encima de los individuos (Dios no es todo, sino fuerza que actúa en cada uno de los hombres). Sobre el imperio de la ley (talión universal), Jesús ofrece el mesianismo de la gracia.

4. CONCLUSIONES

1. Religión, defensa de los pobres

Las grandes religiones han permitido una mayor comunicación entre los pueblos, si bien han corrido el riesgo del gigantismo, ahogando a los grupos pequeños, a las etnias y naciones que no han podido mantener su identidad a lo largo de los cambios. De esa forma, se ha podido identificar culturas con religiones, y se ha vinculado a las religiones con bloques de poder, de manera que el mismo cristianismo ha terminado apareciendo como una cultura político-social de tipo impositivo, relacionada actualmente con el Imperio USA o el capitalismo mundial.

Esas culturas o religiones pueden ser y son caminos de universalidad si buscan el bien de todos los hombres, más que el de un grupo particular, en una perspectiva en la que debe superarse el esquema ‘sacrificial’ (con el triunfo de unos a cambio

¹³ Cf. E. Levinas, *Totalidad e infinito*, Sígueme, Salamanca 1977. El autor defiende el valor del ‘otro’ (el pequeño) sobre o contra el ‘todo’, en perspectiva israelita. La imagen de *la catedral y del bazar* ha sido desarrollada de un modo provocativo y brillante por E. S. Raymond (en un texto del 23-mayo-1998, dedicado a la informática). Edición virtual en www.sindominio.net/biblioweb/telematica/critica_esr.htm. Sabemos hoy que la vida humana no avanza dirigida desde arriba, por mentes superiores, sino que se va desarrollando desde abajo, a partir de las mil interacciones de cada uno de los componentes de este inmenso bazar humano donde todos se comunican. De la catedral no puede nacer ya nada, está hecha. Del bazar pueden surgir y surgen ideas por la comunicación inmediata de todos sus componentes.

de la derrota de otros), para así pasar a un modelo de don en el que se potencia la abundancia de todos, desde el don de cada uno.

Desde ese fondo podemos presentar mejor la tarea de las iglesias cristianas como expresión de la experiencia religiosa y mesiánica de Jesús. La finalidad de las iglesias no es que todos los hombres se hagan cristianos (en el sentido actual), sino que puedan vivir y esperar, gozar y amarse sobre el mundo; eso significa que ellas, las iglesias, no están al servicio de sí mismas, sino de la humanidad; no pueden buscar el bien de sus propios grupos, sino de los hombres y mujeres concretos que están necesitados. Su bien particular importa en la medida en que está al servicio del bien de todos los hombres.

La iglesia de Jesús empezó siendo múltiple, lugar de experiencias diversas, como son diversas las lenguas de fuego del día de Pentecostés... El centro de las iglesias (y de las religiones) consiste en no tener ningún centro que se eleve sobre los demás en forma jerárquica (como en la imagen de la catedral), sino muchos centros que se relacionan y fecundan entre sí (como en la imagen del bazar o de la plaza abierta). Este modelo de comunión en la pluralidad constituye, a mi entender, el rasgo más saliente de la organización cristiana primitiva, que surgió como federación de comunidades autónomas, vinculadas entre sí por el diálogo de fe y por el pan compartido. Cada iglesia es autónoma, todas se vinculan en comunión de vida. Por eso, el bien de cada iglesia no consiste en dominar sobre las obras, sino en buscar el bien de las restantes iglesias (y de las diversas religiones). Así se entiende una propuesta de P. Knitter:

Aquí es donde la teología de la liberación de las religiones puede servirnos de gran ayuda. Si no existe un terreno común preestablecido o una esencia común que podamos establecer antes del diálogo (entre las religiones), tal vez exista un modo común de *buscar* o un contexto *común* con el que podamos comenzar el diálogo para crear nuestro “terreno movedizo” compartido. Para los teólogos de la liberación este contexto común sería *la opción por los pobres y las no-personas*, es decir, la opción por trabajar con y por las *víctimas* de este mundo.

“La teología latinoamericana de la liberación, la teología negra, la teología feminista, todas ellas, afirman que la experiencia de los oprimidos es un terreno hermenéutico privilegiado; que la identificación con los pobres es lo primero para lograr entender tanto la Biblia como nuestro mundo actual”. Y nosotros podríamos añadir: “La opción por los pobres constituye el primer paso de los creyentes religiosos para comprenderse unos a otros”. Los liberacionistas nos están diciendo que, sin un compromiso con los oprimidos, nuestro conocimiento es deficiente –nuestro conocimiento de nosotros mismos, de los demás, del Absoluto–. Con esto no quiero implicar que *solamente* podemos llegar a la verdad por medio de tal compromiso, sino, más bien, que, sin la opción por los pobres, la verdad a la que podemos llegar es, cuando más, incompleta, deficiente, peligrosa.

Por razón de su prioridad hermenéutica y de su potencia, la opción por los oprimidos (al menos, en el mundo como existe hoy) nos sirve como condición eficaz para la posibilidad del diálogo; hace posible que las diferentes religiones puedan hablar entre sí y llegar a entenderse mutuamente. Si las religiones del mundo pueden reconocer la pobreza y la opresión como problema común, si pueden compartir un compromiso común (expresado de diferentes maneras) para acabar con tales males, habrán hallado la base para superar sus

incommensurabilidades y diferencias, promover la escucha activa y, posiblemente, ser transformados en ese proceso¹⁴.

La unión global solo puede conseguirse desde abajo, en la línea de la transformación personal y familiar, propia de los grupos de contacto inmediato, en redes de convivencia y comunicación directa. En ese contexto se sitúa la aportación de las iglesias cristianas y de otros grupos de creyentes. Ellos no pueden buscar su triunfo. Su meta no consiste en probar que tienen razón... Lo que importa son los hombres (los pobres); no la propia razón, sino el triunfo del amor abierto, que no apela a razones, sino que se ofrece de un modo generoso, abriendo espacios de comunicación en los que puedan entrar todos, incluidos los no cristianos, los no creyentes. Las religiones (y, en especial, las confesiones cristianas) podrán sobrevivir y cumplir una tarea en la medida en que abran para los hombres y mujeres del siglo XXI unos espacios de creatividad y de esperanza compartida, en los que puedan integrarse todos los que así lo quieran.

2. Algunos aspectos concretos

La iglesia cristiana (u otra religión) no puede ocupar el lugar de las naciones o estados, de las clases sociales o partidos, pues ella es, por un lado, más concreta (cada iglesia es un grupo de convivencia inmediata de hombres y mujeres de cualquier estado-nación, clase o partido) y, por otra parte, es más universal (se abre a todos los hombres). Ella no niega de manera directa la existencia de los otros planos de la vida, pero quiere mostrarse como espacio de comunicación donde quepan todos, en gratuidad, como un campo (plaza) donde pueden dialogar los hombres y mujeres de las varias tradiciones sociales y religiosas, sin exigirles más que el de dialogar desde sus diferencias, aceptando las diferencias propias de la alteridad.

– *Gozo cósmico, bendición ecológica.* La paz cristiana no es huida del mundo, sino aceptación del mundo como don de Dios. Por eso, quiero empezar destacando el gozo de la vida cósmica, en contra de aquellos que, como algunos platónicos y budistas, parecen afirmar que el mundo es solo cautiverio y sufrimiento. Debemos recuperar el gozo pacificado del encuentro con las cosas, la belleza de la naturaleza, el equilibrio de la vida. Es muy difícil hablar de paz sin pacificación cósmica, sin gozo ecológico, sin un tipo de poesía de la naturaleza. Para que ese gozo y poesía resulten posibles, debe cambiar la actitud de muchos hombres y mujeres que parecen estar en el mundo para dominarlo, para conseguir más bienes de consumo, sin admiración y sin ternura, sin contacto reposado con la vida de la tierra, con los árboles y campos de los que formamos parte. Tenemos que superar una actitud de imposición, para cultivar el gozo de la naturaleza, que se ofrece a todos, en gesto de generosidad, no de lucha. Esta es la experiencia de la Pascua, que sitúa a los cristianos ante el gozo de la nueva tierra, del agua y del fuego, del aire y de la vida reconciliada¹⁵.

¹⁴ Texto incluido en J. Hick (ed.), *The Myth of Christian Uniqueness. Toward a Pluralistic Theology of Religions*, Orbis Books, Maryknoll, NEW York 1987, 178-200.

¹⁵ He desarrollado el tema en X. Pikaza, *El desafío ecológico*, PPC, Madrid 2004. Cf. L. Boff, *Ecología. Grito de la tierra, grito de los pobres*, Trotta, Madrid 1996; Id., *La dignidad de la tierra*, Trotta, Madrid 2000.

– *Paz esforzada, creatividad laboral.* El hombre vive sobre un mundo arriesgado y difícil. Ha tenido que trabajar para mantenerse y crear formas de vida agradable sobre el mundo. Por eso, es necesario insistir en el valor humanizador del trabajo, entendido como despliegue del hombre, como expresión de su potencialidad creadora. Ciertamente, el hombre es un ser dis-tendido, que vive para el gozo y el descanso. Pero solo puede vivir su dis-tensión allí donde se tensa, al servicio de sí mismo, es decir, de la tarea de ser y producir para vivir. Por eso, la paz cristiana no es paz contemplativa del que se separa del mundo, pero no es tampoco una paz puramente impositiva (de triunfo económico o técnico). Es la paz del trabajo compartido, para bien de todos, en comunicación gratuita. Esta paz cristiana, que se expresa en forma de creatividad laboral, ha de estar vinculada a la libertad y a la igualdad, sin que nadie tenga que vender su trabajo (vendiéndose a sí mismo), para provecho de otros grupos. De esa forma se vinculan el trabajo y el descanso, la fatiga y la respiración pausada que nos vincula a todo el universo¹⁶.

– *Paz gozosa. La bendición de los bienes compartidos.* La paz cristiana no es la paz de la renuncia por la renuncia, sino de la renuncia para la comunicación, tal como se expresa en la celebración de la eucaristía: pan y vino compartidos. Así pasamos del egoísmo de los bienes, entendidos como objeto de posesión particular, al gozo de la comunión que se expresa y ratifica por ellos. Este es el gozo de los recuerdos comunicados y, sobre todo, del pan y del vino de la celebración comunitaria donde los creyentes (todos los hombres y mujeres) pueden alabar y bendecir a Dios por el trabajo y por los dones de la tierra. Aquellos mismos bienes, que muchas veces se han tomado como objeto de consumo y disputa entre los hombres, se transforman en la celebración y se convierten en signo de gratuidad, fuente de gozo. Los bienes de este mundo vienen a ser, de esa manera, aquello que son de verdad: regalo de la tierra, trabajo de los hombres, vida compartida. Ellos pierden su exterioridad, su carácter objetivo; dejan de ser una cosa, objeto de dominio, y se convierten en transparencia personal. Son el don de la vida de Dios que se da en alegría (como vino-sangre) y se comparte (como pan-cuerpo). A través de ellos y por ellos, la realidad del mundo se convierte en realidad divina, pura contemplación. A través de ellos, se expresa la alegría y bendición de la vida, que consiste en tener para dar y en dar para compartir, descubriendo así que la hondura y esencia del compartir es el mismo Dios.

– *Paz desmilitarizada, paz sin coacciones.* En general, la humanidad ha triunfado a través de la violencia y lucha. El ejército, instrumento necesario de esa lucha, se ha tomado desde antiguo como expresión privilegiada de la identidad de un grupo social, de manera que se ha dicho: *Si vis pacem para bellum*, si quieres la paz prepara la guerra, es decir, ármate, crea buenos cuerpos de policía, etc. Pues bien, ese modelo de preparación de la paz por la guerra (sacralizando a los soldados como tales, bendiciendo las armas, con capellanes militares...) no es cristiano. Al divinizar a Jesús, crucificado por sacerdotes de Jerusalén y soldados de Roma, el cristianismo ha invertido ese esquema, de modo que los soldados (y los sacerdotes del poder establecido de Jerusalén) aparecen como expresión de la más dura y desnuda violencia e intriga de los hombres. Pierden así el halo de sacralidad, no realizan una obra de Dios, sino una función que va en contra de la más honda experiencia de Dios, que se revela por la cruz y la pascua.

Las grandes profecías de Israel (asumidas por Jesús en Lc 4, 18 y Mt 11, 2-4) hablan de un mundo donde no habrá necesidad de cárceles, ni de cautiverios. Esas promesas se han vuelto hoy necesarias. Vivimos en una sociedad de imposición y riesgo sumo. La riqueza del sistema provoca los deseos de una población que no puede satisfacerlos y después los tiene

¹⁶ Somos porque respiramos, como un momento del gran aliento cósmico. Podemos ser disfrutando cada día el gozo de vivir, de dormir y despertar, como conciencia de un mundo que nos desborda, siendo nuestro. Esa es la paz de los seis días de trabajo de la semana y del sábado (o domingo) de Dios, es decir, del encuentro gozoso de la vida. ¡Sigue siendo una paz añorada todavía por gran parte de la población mundial, esclavizada por el trabajo duro o por la falta de trabajo! Cf. J. García Roca, *El Dios de la Fraternidad*, Sal Terrae, Santander 1990; Id., *Contra la exclusión. Responsabilidad pública e iniciativa social*, Sal Terrae, Santander 1995; Id., *Contracultura de la solidaridad y exclusión social. Prácticas, discursos y narraciones*, HOAC, Madrid 1998.

que reprimir con violencia. El mundo corre el riesgo de volverse una locura y, para superarla, es necesario combatir sus causas más que sus efectos. La tendencia actual de gran parte del mundo occidental es suicida: piensa arreglar los problemas aumentando los ejércitos, los policías y las cárceles. En contra de eso, queremos crear un mundo donde aumente la humanidad y disminuyan e incluso desaparezcan soldados, policías y cárceles.

– *Paz lúdica, paz artística.* La ensayaron los griegos, que centraron parte de su vida y cultura en las “olimpiadas”, entendidas como expresión de un agonismo pacífico. La posibilidad de integrar a los diversos grupos en un contexto agónico-lúdico de competencia que no es militar, sino que está simbolizada de forma religiosa. Actualmente el aspecto lúdico de la vida se pone más en relación con el *deporte*, que es un modo de “enajenarse”, transportarse, en forma de diversión que sirve para el descanso y la superación de otro tipo de tensiones. El paso de la violencia militar a la competencia lúdica, con un fondo religioso, constituye uno de los grandes adelantos en el camino de la paz. En esa dirección podemos hablar hoy *de una globalización de las olimpiadas o del fútbol*. Otros han insistido en la pacificación de la humanidad a través del arte, que sería un lenguaje universal, vinculado a un despliegue no violento de la vida. El arte está muy cerca del juego de amor, aunque tiene algunos rasgos nuevos de creatividad y de expresión, de evocación y presencia. Por principio, el arte no es impositivo ni bélico; no sirve para enfrentar, sino para vincular a los hombres y mujeres ante una realidad que ellos mismos pueden evocar y que los desborda en línea de donación, de revelación.

– *Paz mística...* Tras el gozo lúdico y artístico, vinculado al gozo del amor (que es la comunicación personal en todos los niveles de la vida), quiero situar el gozo religioso, entendido como desbordamiento espiritual, es decir, como pura y plena comunicación de amor, con todos los seres, con el Dios de la vida que está en el fondo de todos ellos. Esta *paz mística* es propia de aquellos que despliegan su vida en alegría básica, porque hay Dios y porque hay resurrección, es decir, porque Dios mismo recoge la vida que se entrega y se pone en sus manos. Esta es la paz que brota de la experiencia originaria del amor, del que venimos y en el que somos, del amor que nos fundamenta e impulsa. Es la paz del deseo de vivir, de la vida desbordante, que podrá superar todas sus dificultades, porque es divina.

XABIER PIKAZA

*Teólogo, experto en Biblia y religiones
San Morales (Salamanca, España)*



ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD E HISTORIA